

El Eco de Cartagena

Órgano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7-50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París, Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31, Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46-48.—La correspondencia al Administrador.

Lo del día

Mal camino

Ha sido El Eco de Cartagena el primer periódico que ha denunciado sin ninguna clase de atenuaciones, ni reservas y que ha condenado con extremos muy justificados de indignación el hecho de haber sido cruelmente apaleado en la Inspección de Vigilancia por agentes de la *secretá*, el joven Francisco Hernández Díaz.

No se ha aplacado nuestra indignación y no hay para nosotros consideración ni circunstancia alguna que pueda disculpar el bárbaro atentado. Ese trato brutal, aun en los tiempos ominosos en que fue pena legal, no se aplicaba sino mediante las garantías de un procedimiento que fijaba el delito y de una sentencia que adecuaba ó medía el castigo.

Hoy que la civilización ha ido borrando en los códigos de los pueblos cultos esa pena execrable, ni la más elevada autoridad de la Nación pueda autorizar esos tratos.

Y quienes los apliquen cometen delito perfectamente definido en nuestras leyes penales.

Por eso nosotros apelamos ayer y apelamos hoy á las dignas autoridades judiciales de esta ciudad, para que depurando lo ocurrido, impongan el castigo merecido á los culpables.

Pero no incurra nadie en abusos, en excesos delictivos de análoga índole á los que todos condenamos.

Y no se haga de este asunto arma política, pretexto de motín para servicio de pasiones antiguas y de designios efectistas.

La justicia no es republicana ni monárquica, liberal ni conservadora, bloquista ni antibloquista.

Y á la justicia estorba y á la causa del joven apaleado, que es la misma justicia, perjudican los excesos á que ciertos exaltados se entregaran esta mañana frente á la casa del señor Bajibrea, y los gritos que luego proferían aludiendo á cosas y á personas que no tienen relación alguna, ni próxima ni remota, con lo ocurrido en la Inspección de vigilancia.

Quién denuncia un delito real ó presunto no es, no puede ser responsable de los tratos que reciba el denunciado de los agentes de la autoridad á cuya guarda y custodia se entrega.

Y de cualquier modo no es protesta lícita ni reclamación justa contra el abuso, y el delito, un abuso mayor ó un delito más grave.

Pidamos todos justicia á los encargados de administrarla y esperemos confiadamente.

No se den inoponiblemente armas á los que se atribuyen el manejo fácil é incondicional del pueblo y acechan toda ocasión para utilizar la bondad nativa de los sentimientos populares, en revueltas callejeras y en efectos para aparentar fuera de Cartagena una personalidad y una influencia revolucionarias.

Fuera, fuera, la política de este asunto.

El joven Hernández Díaz es nuestro hermano y el molde de la política es muy pequeño para contener este concepto.

Como su causa es la de la humanidad, no necesita partidos ni diputados ni periódicos que defiendan sus derechos naturales.

Lo defiende un principio universal de solidaridad.

Fallecimiento

Madrid 20-9 m.

Telegrafían de Tánger diciendo que ha fallecido don Manuel Villalta, Alalaya intérprete de la Legación española.

Enfermó en Alcázar siendo agente Consular.

Su muerte ha sido muy sentida por tratarse de un funcionario que tenía grandes conocimientos de los asuntos de Marruecos.

Por tierras de Brabante y de Flandes

III

Uno de los fenómenos más curiosos de que el viajero se da cuenta, apenas arribado á la capital de Bélgica, es la duplicidad de idiomas en que rótulos de calles, documentos oficiales, programas de teatros y conciertos, listas de restaurantes, anuncios y comunicaciones de todas clases, aparecen escritos, el francés y el flamenco. Esta duplicidad de idiomas, separa á walones brabanzones y flamencos, con hondas diferencias irreductibles. Una gran parte del pueblo belga habla el idioma de Francia. Otra gran parte, la más nu-

merosa y la más popular, habla el viejo idioma de la tierra de Flandes, de raíz y de influencia germánicas. Ni la cultura, ni las conveniencias políticas, ni la necesidad de simplificación filológica que facilitase la discusión y promulgación de las leyes, ni siquiera el anhelo sentimental de aumentar por el lazo de una lengua común la intensa cohesión del país frente á las contingencias y los peligros provenientes del exterior, han hecho el milagro de reducir tal diferencia. Los dos idiomas siguen disputándose el dominio de la nación, luchando por vencer, en rivalidad constante. Y cuando hablo de luchas, de disputas, de rivalidades, no creo que exagero lo más mínimo: claro está que puesto que me refiero á idiomas indirectamente aludo á hombres que usan y que aman esos idiomas. Pues esos hombres—apacibles burgueses, conciliadores, mesurados en todos los demás—se exacerban y se exasperan cuando se trata de lengua. En la Cámara no hay un solo diputado flamenco que hable en francés, ni siquiera para decir sí ó no, en las votaciones. En las calles, por una trivialidad cualquiera, los hombres del pueblo traban riñas que llegan hasta la ferocidad cuando los insultos son proferidos en los idiomas rivales. No es una convivencia, es un combate. En lugar de aproximar á las dos razas, el idioma las mantiene separadas, imposibilitadas de una labor pacífica y progresiva.

Digo que este es un fenómeno curioso tratándose de un país eminentemente práctico, que ha llegado á su máxima en la comprensión de la vida fácil y que sabe suavizar con ingenio constante toda las asperezas. Parece que estas gentes debieran haber ideado ya un procedimiento que pusiera término á estas enojosas dificultades idiomáticas. El fenómeno halla su explicación, no obstante, si calando la apariencia, se llega á la realidad de las cosas. La lucha que se desarrolla entre belgas, al parecer, tiene lugar, en el fondo, entre la influencia francesa y la influencia alemana. Lo que se discute es el predominio francés ó el predominio germánico, y en definitiva, es posible que no se trate de un nuevo dominio espiritual, lo que ya sería bastante, sino del dominio material; que, aunque por especiales circunstancias de la política europea Bélgica esté internacionalizada, acaso su independencia depende sólo de que la paz actual subsista.

Los periódicos bruseleses se im-

primen en francés. *Le Soir*, *La Dernière Heure*, *L'Étoile belge*, *L'Indépendance belge*, etc., etc.—que por cierto tienen una tirada doble ó triple que los periódicos de Madrid, mayor número de páginas diarias, de ediciones y de anuncios y mejor información—imitan en todo á los diarios de París, hasta en sus odios y en sus injusticias respecto de España. Claro está que esta impresión de los periódicos pesa mucho en favor de Francia.

A la verdad Bruselas parece una ciudad francesa. Precisamente esta noche del 14 de Julio, en todos los cafés se ha tocado la marselesá, aplaudida con entusiasmo, y se ha vitoreado á Francia. Muchos burgueses lucían un lazotricolor, la bandera de la República ha ondeado hoy al lado de la belga por todas partes. Pero se engañaría quien tomase este entusiasmo francófilo al pie de la letra. En Amberes, por ejemplo, predomina el elemento alemán. Los comerciantes de Amberes necesitan empleados que hablen francés, prefieren utilizar los servicios de alemanes que poseen este idioma, antes que aceptar la colaboración de valones ó de franceses que desde luego lo hablarían mejor.

Y en definitiva, el pueblo belga ama su independencia, está orgulloso de ella, cree poder mantenerla con su laboriosidad y con su riqueza.

Pero basta con que los pueblos sean ricos y laboriosos para que su independencia sea respetada.

Este es un problema de hecho que no cabe en los límites de una impresión de viajes, y que yo no podría resolver, en presencia de este país, sin un criterio optimista.

Juan Pajol.

Bruselas Julio 1911.

HOMENAJE

Madrid 20-9 m.

El aristocrático círculo «La Gran Peña», está organizando un homenaje en honor de sus socios militares que murieron gloriosamente en el campo de batalla.

El homenaje consistirá en un magnífico libro de plegaria en cada una de cuyas hojas leerá el nombre del militar muerto y el relato del hecho de armas en que pereció.

Las cubiertas del valioso libro, serán de oro con incrustaciones de plata, y riquísimos esmaltes.

Se hace justicia

El digno Sr. Gobernador civil de esta provincia tan pronto como ha tenido conocimiento del abuso cometido en la inspección de vigilancia con el joven Hernández Díaz, ha decretado la suspensión de empleo y sueldo de los dos vigilantes que han intervenido en este asunto y ha mandado abrir el expediente gubernativo para fijar la responsabilidad en que han incurrido con independencia y sin perjuicio de lo que han de depurar los tribunales de justicia.

Aplaudimos la resolución del señor Ayudante y esperamos que sea inexorable con los agentes que han cometido tan bárbaro atropello.

Competencias profesionales

DERIVACIONES

En un momento de la calle, la conusa charla del arroyo, y sobre el eco doliente de los gemidos que lanzan los desheredados, flota como Venus en el crepúsculo, la última queja desesperada de un alma muerta, el estallido histérico de un niño que se desmorona y cae en pedruzcos, el sollozo conprimido, ahogado al nacer, de un Licurgo despechado, que en plena feria, se cita un gorro frigio, hasta las cejas, para ocultar la sofocación y el coraje, y cubrir ó enfundar la corona poética de cartón piedra, fabricada con el detestable papel, de un acta de diputado, y con las primeras partículas, desprendidas de la ingente mole que acaba de desaparecer. ¿Y todo por qué? Por una cuestión de competencia entre la luz del gas, llamada á extinguirse, y la «Popular Eléctrica» próxima á un prematuro alumbramiento, por un desafío frustrado entre dos distinguidos leaders liberales, por una campaña subsiguiente de amenazas, insidias y asechanzas, contra un banco poderoso, regentado por el futuro organizador del partido democrático, en la ciudad de Monroy, Risueño y Maizque.

¿Qué crímenes, qué vergüenzas, qué desastres aborta el irreflexivo espíritu de competencia, el diabólico *Non Servian* y el trípode *Serb comb Didst*?

La insubordinación, la indisciplina la desobediencia, el desbarajuste, nos precipitan en la sima del ateísmo. Hay personas racionales que detestan las

gerarquías, que aborrecen la autoridad y se atreven hasta con el Hacedor Supremo, no ya para negar su existencia, ó afirmarla entre distingos y aberraciones, sino para atribuirle á la idea, presbnecebida, de un Creador, todos los males, todas las catástrofes que soporta la humanidad.

¿No hay quien se cree más que el camino de su engrimeño y declara á Dios inepto, incompetente ó absterido. ¿No hay quien dice que Dios tras el acto omnimodo de la Creación, reposa indiferente é infecundo y tiene á menos intervenir en las peleas de los mortales, y en los conflictos interplaudarios? ¿No hay quien empuñe la grandiosa, la sublimé concepción de la sabiduría increada, que actúa perpetuamente como conservadora del universo?

¡Oh Providencia! ¡Oh justicia! ¿Sois por ventura atributos humanos ó merecéis el calificativo infame de divinos? ¡Inculca la idea de Dios en los muchedumbres, y habréis ensado una segunda conciencia más luminosa y sensible que la íntima y propia.

No seamos, pues, irreverentes, tratando de competir con el mismo Dios! El es la fuerza, la soberanía, la verdad, el bien y la belleza absoluta, y valen tanto estos ideales magníficos, que al vislumbrarlos nos sentimos arrebatados por su influjo irresistible y confesamos nuestra pequeñez ante su inmensidad.

Resolvamos de una vez las competencias.

Entren en liza los que peleen sin añagazas y sin ventajillas, entren seguros de su destreza y confiados únicamente á su habilidad, los tímidos, los irresolutos y los impulsivos que no dispongan de un auditorio propicio, de espectadores amaestrados y de un coro imponente de fanáticos é incondicionales.

¡Qué desconsolador es ver al populacho, que absuelve á Barrabás y crucifica á Jesús! ¡Qué angustioso es el cuadro del ofensor en pie y del ofendido en tierra! Retírese el público que azuza y enardece á los amigos y proteje su retirada; é incoherente público que denuesta á los adversarios; fiel á la consigna, y que los hunde, los deprime y los cohíbe cuando tratan de ejercitar su derecho.

La razón no triunfa en estas encrucijadas: vencen el pater formidable, los silbidos intolerantes, y las voces rónicas.

Rañamos sin testigo: sean los asaltos

Nada!... Miramos hacia todas partes explorando la espesa niebla que flotaba en el horizonte... ¡Nada!

—¡Adelante!...—gritó Gerard, cuya sangre gascona hervía... ¡Adelante!... Echemos por ese camino á mano derecha... Y acaso demon con él.

Y se lanzó por allí, sable en mano.

—¡Esperad!—exclamé—mirad ese sendero á mano izquierda.

—¡Bien! Seguid por ahí, yo guardo el camino. Al mismo tiempo un caballo desmontado desfiló ante mí. Era un pura sangre negro, de cola retorcida, la boca llena de espuma.

Gerard echó pie á tierra, absteniéndose paso por entre las melazas. Yo le imité, uno detrás de otro, como dos toros, levábamos las piedras, investigábamos todas las gietas del terreno, pero ¡ay! sin resultado alguno. Caminando llegamos al borde de una cantera, cuyo muro de caliza se destacaba duramente en la atmósfera gris... ¡Ni testro de Toussac!

—Este hombre es el mismo diablo—exclamó Gerard.

Yo estaba perplejo. Una transformación lenta se operaba en mi espíritu, algo semejante á una resurrección de antiguos recuerdos vagamente evocados.

recurso que desandar nuestro camino y salir nuevamente al campo.

Por suerte no pasó lo que yo temía. ¡Victoria!—exclamé.—Una franja de luz amarillenta surgió en las tinieblas delante de nosotros... ¡La puerta estaba abierta!... Toussac no había peps do que nosotros podríamos penetrar en el túnel y perseguirle en él. Franqueamos la escalera, después penetramos por una segunda puerta y pronto nos encontramos en el vestíbulo de la casa de Grosbols, en el amplio vestíbulo enlosado de mármol é iluminado por la escasa luz de un farol mortecino que ardía en un rincón. Se oyó un grito horrible, desgarrador; después la voz de un criado:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesinan á mi señor!

—¿Y dónde está?—preguntó Savary.

—¡Arriba, en la biblioteca!

Otro grito se oyó, más largo, más intenso que el primero... Al aproximarnos escuchamos un crujido de huesos... Todo lo comprendí... Un sudor frío bañaba mis sienes... Toussac acababa de realizar sus terribles propósitos.

Gerard y Savary, que me precedían, retrocedieron bruscamente.

—¡Oh, esto es terrible!—murmuró el teniente.

Mi filo, sentido bante su burruu, de espaldas á la puerta, nos mostraba su rostro aspergaminado

—¿Qué pasa?—preguntamos acercándonos.

—¡Mirad allí en el caso!

Toussac estaba allí, tendido, inmóvil, como muerto. La caída, aunque amenguada por los sacos de trigo, debió ser terrible, porque la ventana distaba del suelo más de cuarenta pies. Nuestros gritos no tardaron en atraer al hércules de su desayuno. Se levantó súbitamente, y nos mostró sus crispados pñfos con aire de amenaza; después, apretándose del carro, montó en el caballo de Savary.

Gerard y yo hicimos luego al mismo tiempo, pero sin resultado. El caballo excitado por las balas que llovían en torno suyo, se lanzó á una carrera vertiginosa, mientras Toussac con la espalda encorvada la barba gris agitada por el viento, cabalgaba impasible como un coloso de piedra.

Bajamos rápidamente. A pesar de nuestra agilidad, pronto notamos que el bandido había conseguido una ventaja considerable; veíamos en el horizonte como un punto negro galopando hacia las dunas. Gerard y yo saltamos sobre nuestras montañas. La sombra iba creciendo poco á poco y extendiéndose sobre el terrible pantano... Toussac se alejaba cada vez más de la orilla.

Esto me inquietaba. ¿Qué pretendía?... ¿Por qué no trataba, por el contrario, de aproximarse al mar?